

—Esperad un poco, dijo M. Pié-Rondal deteniéndole. El resto de este escrito, si consigo descifrarlo, nos dirá en qué parte del palomar...

—Me es igual. Os repito que ya sé lo bastante. ¡El palomar! ¡Tan bestia he sido que no lo he adivinado! Es el único sitio donde no se han practicado excavaciones. Ahora ya tengo el dinero, y, añadió alargándole la mano, haya poco ó mucho, la mitad os pertenece.

—¡Oh! De ningún modo, no puedo aceptarlo.

—¡Buena! Eso ya lo veremos. Mientras tanto, acabad de descifrar ese enigma; me parece muy bien, pero lo que me habéis dicho me basta. ¡A la tarea!

Y salió dirigiéndose á la bodega á recoger sus herramientas.

Dos minutos después llegaba al palomar y le acometía vigorosamente.

IV

M. Pié-Rondal se apoyó sobre la mesa y púsose á estudiar de nuevo y con ardor el pergamino.

Después de tres horas de lavatorios, raspaduras y laboriosos esfuerzos, logró descifrar una parte de la nota escrita por el cura Minaut, y, terminado este importante trabajo, tradujo la nota como sigue:

«Víctima de la persecución, y á punto de abandonar mi querida y desgraciada patria, confío el dinero de mi hermano y el mío á la tierra natal... *columbarium* (palomar). . . .

.

 con la esperanza de que será hallado algún

día, con ayuda del cielo y gracias á este escrito trazado con lágrimas, por aquellos de los nuestros que sobrevivan á esta tormenta, que permite Dios por nuestros pecados, pero que sin duda no querrá que sea eterna.

»A nato J. Ch. Dom. nostro MDCCLXXXIII Decemb. XXI a Die.

»J. MINATTUS,
»Injuratus sacerdos.»

»Año de Nuestro Señor 1793, á 21 de Diciembre.

»J. MINAUT,
»Sacerdote injuramentado.»

De modo que, salvo un ligero vacío, M. Pié-Rondal había llegado á reconstituir la nota del cura Minaut. Pero por extraña fatalidad, hallábase precisamente ese vacío en la parte del texto donde, según todas las probabilidades, estaba indicado el lugar donde se encontraba escondido el tesoro. Y eso que solo Dios sabe la tensión de todas sus facultades con que examinó el malhadado pasaje.

Anhelaba poder decir á Minaut: —«Buscad ahí;» y después de algunos azadonazos ó martillazos, ver chispear las monedas de oro.

Mas ¡ay! tan sólo había reunido algunas letras

esparcidas, que ningún sentido apreciable producían, y que ni siquiera podía asegurar que fueran indudablemente exactas.

Así que, al volver á ver á Minaut, iba pensativo y enojado.

Minaut, al contrario, gozoso, alegre, había ya quitado del suelo del palomar diversos utensilios que le ocupaban, y se disponía á levantar el embaldosado.

—¡Un momento! dijo M. Pié-Rondal; hay que razonar la obra y ver hacia qué punto debeis dirigir vuestras investigaciones.

—¿Habeis descubierto alguna otra cosa en el pergamino?

—No, por desgracia... Cuando más, indicios de indicaciones... En fin, juzgad vos mismo.

Minaut, después de oír leer á su interlocutor, preguntó si, aparte de la palabra *columbarium* (palomar) que aparecía claramente, las letras y sílabas esparcidas en el pasaje truncado podrían significar algo.

—¡Oh, sí! Pueden significar algo... y aun demasiadas cosas, porque parecen contradecirse. De todos modos, es evidente que ha querido designarse el sitio del palomar donde se ha ocultado el tesoro.

—Es probable.

—Ahora bien; la primera sílaba que encontramos es *sol*... ¿*Sol*? ¿Qué quiere decir eso? Evidentemente no es *sol*, *solis*, el sol, lo que sería absurdo, sino *solum*, *soli*, el suelo, la tierra, el terreno que pisamos.

—Justamente, dijo Minaut, me dispongo á cavarle de firme.

—Esperad... Reparad más abajo estas dos letras *p-r* y luego la sílaba *med*... *Med*, indudablemente, es *medius* ó *media*, «medio,» «centro;» pero ¿el centro de qué? Si, como es de suponer, *p-r* significa *p(a) r(ies)*, tendremos *paries medius* ó *pariete media*, «el centro de la pared;» pero, ¿qué pared? Este palomar tiene cuatro que forman un cuadrado perfecto.

—Pueden examinarse las cuatro, replicó Minaut.

—Bien, pero no es eso todo. ¿Veis un poco más allá estas dos sílabas, *fastig*? Pues bien, *fastig* es, seguramente, *fastigium* ó *fastigio*, poco importa la desinencia. Es decir, el techo, el tejado, el remate. ¿De modo que ahora indica el tejado? ¡Parece cosa de juego, y sin embargo el que escribió esto no tenía gana de bromas!

—Señor Pié-Rondal, dijo gravemente Minaut, que se trate del tejado, de las paredes ó del suelo, poco importa: ahora sé donde buscar, y esto

me basta. Estad tranquilo, removeré tan bien mi palomar de un lado á otro, que, ó suelta el dinero que se le confió..., ¡ó el diablo me lleve!

Se convino que M. Pié-Rondal conservaría el pergamino; que le examinaría, le estudiaría de nuevo, haría que le viesen sus amigos, y que si se obtenía alguna explicación nueva, más positiva, informaría de ella inmediatamente á Minaut.

—¡Bueno! respondió éste; conformes. Pero con mi azadón, llegaré yo antes que vos.

Al salir del palomar, vieron tres ó cuatro campesinos de la vecindad que preguntaban por Minaut para hablarle valiéndose de diferentes pretextos. Tienni había extendido el rumor de que se desenterraban tesoros en casa de su padre, y venían á averiguar si esto era cierto, sonrientes en apariencia, pero inquietos y hasta malévolos en el fondo; que no es cosa que suele sentar bien la suerte de otro.

Minaut hizo seña á Pié-Rondal con el rabillo del ojo, y para despistar á los curiosos se mostró modesto. A alusiones muy directas, contestó «que su chicuelo Tienni era quien había esparcido tal rumor, pero que nada había positivo... sólo algunas indicaciones; pero faltaba averiguar, etc.»

Un cuarto de hora después, el hallazgo de Mi-

naut no se valoraba por el pueblo en ménos de cien mil francos.

Tales rumores, al llegar á oídos de la familia Clavé, provocaron una nueva disputa entre padre é hija. Esta, muy alegre por la fortuna que venía á manos del padre de su novio, sostenía que aquello era cierto y nada exagerado. Clavé se encogió de hombros, diciendo que todo ello eran absurdos cuentos de comadres.

M. Pió-Rondal, que entró en la posada durante la discusión, fué invitado á dar su parecer, y hubo de confesar que Minaut nada había descubierto todavía.

—¡Bah! Eso ya lo sabía yo, dijo Clavé.

—Dispensad, replicó M. Pió-Rondal, nada ha descubierto, es verdad; pero un documento importante le ha puesto sobre la pista, y no es más que cuestión de tiempo.

—¡Muy bien! Le deseo buena suerte, murmuró Clavé; pero en punto á tesoros y dinero, no conozco más que lo que se tiene entre manos y puede manejarse.

Y como Arsenia quisiera dirigirle alguna observación, la interrumpió:

—Bastante hemos hablado, y se hace tarde. Mientras tu Minaut se enriquece, sírvenos la comida.

V

Luego que se marchó M. Pió-Rondal, Minaut emprendió de nuevo su trabajo.

Exploró el palomar de arriba abajo, rebuscando en el piso, el techo, las paredes y hasta las vigas. Empleó en esto unos quince días, al cabo de los cuales comenzó á desembaldosar y á cavar resueltamente el piso.

Vicente, que hasta entonces había permanecido impasible, interesábase ya en estas pesquisas: comprendía que había alguna probabilidad de éxito y pensaba, no sin fundamento, que la suerte de sus amores con Arsenia podía muy bien depender de ello. Ofrecióse repetidas veces á ayudar á su padre; pero éste rehusó siempre objetando que había otros trabajos que hacer en

la casa, y que un hombre bastaba para aquél. En realidad, Minaut se había dedicado solo á la persecución del tesoro, y no quería ceder á nadie, ni aun á su propio hijo, el honor de encontrarlo.

En tanto, Vicente y Arsenia continuaban viéndose secretamente, y muchas veces discutían sobre el cambio que un hallazgo importante debía producir en las ideas de Clavé. La joven no participaba, acerca de este particular, de las ilusiones de su novio.

—No confíes en eso, decía; mi padre te tiene entre ojos. Trabajo te había de costar volver á su gracia.

—Pero razonemos, replicaba Vicente. ¿Por qué me rechaza? Porque mis padres están arruinados... Supongamos que una venturosa casualidad restableciera nuestros negocios y nos hiciera más ricos que él.

—Claro que no le sería indiferente, contestaba Arsenia; pero aunque es avaro, le repugna parecerlo, y no querrá que se diga que cede á consideraciones de dinero.

Tales ideas daban en qué pensar á Vicente. Pero el tiempo pasaba y no se veían señales de que los sentimientos de Clavé hubiesen de ser puestos pronto á prueba. Llegaba el principio de

Abril, y Minaut, después de haber cavado el piso en el interior del palomar, en una profundidad de cincuenta centímetros, nada había descubierto. No estaba por eso desanimado, solo que lamentaba no haber profundizado más.

—Pues qué, ¿vas á continuar?, le preguntó Vicente.

—Sin duda. ¿Por qué no?

—Porque, desgraciadamente, lo probable es que no haya nada ahí. Al menos espera á ver otra vez á M. Pié-Rondal.

—¿Para qué?

—Acaso haya logrado descifrar el pergamino.

—No. Me hubiera escrito ó hubiese venido, como me prometió. Yo le predije que antes llegaría yo con mi azadón que él con su anteojo, y cumpliré mi palabra. He reflexionado y pienso abrir una zanja exterior por el lado del patio.

—Lo que piensas hacer es una gran imprudencia.

—¿Te bromeas?

—No. Esta pared, socavada por ambos lados, puede derrumbarse; no está ya muy segura.

—¡Bah!

—Te lo ruego, deja eso. Verás cómo te ocurre alguna desgracia.

—Eso es cuenta mía; ocúpate tú de lo que te atañe.

Era esta de esas determinaciones contra las que no hay lucha posible. Así lo comprendió Vicente, y además, sucesos imprevistos vinieron á distraer su atención del peligro á que su padre se exponía tan obstinadamente.

Ya recordarán los lectores cómo Arsenia y él se veían secretamente: por la noche, Vicente, saltaba la tapia, atravesaba el huerto de Clavé y llegaba hasta debajo de la ventana de la joven, y luego se subía al tronco de un peral que tocaba en la pared. Por supuesto, Clavé no sospechaba nada; pero una mañana notó huellas de pasos en un campo que había arado el día antes. Le sorprendió mucho: ni su mujer ni su hija habían bajado al huerto, y, de otra parte, no veía nada que pudiera hacer caer en tentación á los merodeadores.

Para esclarecer aquel misterio, emboscóse á la noche siguiente en un cobertizo próximo. No tuvo que esperar mucho tiempo. A las diez oyóse un ruido; luego, un hombre, á quien la oscuridad no le permitió reconocer, penetró en el huerto. Su primer impulso fué lanzarse sobre él y apalearle, pero se contuvo. Vió que el hombre se acercaba á la casa y que,

poco después, se abría la ventana de Arsenia.

Entonces comprendió: sin duda era Vicente.

—¡Ah, bribón, canalla! gritó.

Y al mismo tiempo se lanzó hacia él, armado de un garrote.

Vicente, asustado, quiso volver sobre sus pasos; pero tenía cortada la retirada. Entonces trepó por el tronco del peral, se agarró al saliente de la ventana, y ayudado por Arsenia, entró en la habitación de ésta.

—¡Bueno! gritó Clavé; aguarda un poco, que ahora nos veremos.

Y entró en la casa.

En la escalera encontró á su mujer, que le esperaba temblorosa, con una luz en la mano.

—Ven y alúmbrame, le dijo.

El cuarto de Arsenia daba al descansillo de la escalera.

Alzó el picaporte; pero la puerta, cerrada por el interior, no se abrió.

—¡Ah, esas tenemos! gritó... ¡Espera!

Y, retrocediendo un paso, se lanzó contra la puerta, dando tan rudo golpe con la espalda, que la puerta crugió sordamente, pero sin romperse.

Iba á repetir la operación, cuando oyó descorrer el cerrojo, y la puerta se abrió.

Arsenia estaba en pie delante de él, en actitud firme y resuelta. La apartó bruscamente; con una mirada escudriñó el cuarto, y luego, de pronto, dirigiéndose á la ventana, se inclinó escuchando: un ruido de pasos que se alejaba le indicó que Vicente acababa de irse por donde había venido.

—¡Ya volveré á encontrarte!—gruñó.

Y luego añadió, volviéndose hacia su hija:

—Ahora nosotros. ¿Conque esos son los oficios que desempeñas?

—¿Qué oficios?

—¿Tienes la desvergüenza de recibir galanes en tu cuarto?

—Yo no recibo galanes. Esta es la primera vez que Vicente pone los piés en esta habitación.

Y articuló estas palabras tan claramente, que Clavé casi lamentó su injuriosa acusación.

—¡Está bien! dijo, quiero creerte; pero páreceme que te tenía prohibido que le vieses ni le hablastes.

—Es verdad, te he desobedecido; pero le amo, y, quieras ó no, me casaré con él.

—¡Desgraciada!

Y Clavé, furioso al verse así desafiado, se aproximó á su hija en ademán amenazador.

—Puedes matarme, pero no cederé, dijo Arsenia, sin retroceder ni un paso.

Clavé fué quien se detuvo. «¡Qué cabeza, vociferaba, qué cabeza!» E interiormente no podía menos de admirar á la que así le resistía, diciéndose con amargura y orgullo á la vez: «¡Cómo se parece á mí!»

Por fin, temiendo sus arrebatos, y no sabiendo qué resolución tomar, abandonó el campo, dejando la conclusión para el día siguiente.

—¡Bueno, basta! dijo. Ya tenemos bastante por esta noche. Mañana por la mañana hablaremos de eso. Acuéstate, y antes de dormir procura reflexionar. Vamos, dijo á su mujer.

Esta, antes de salir, dijo á su hija con tono suplicante y cariñoso:

—Niña mía, obedece, te lo suplico.

Arsenia abrazó tiernamente á su madre, pero sin que su actitud indicase que estuviera dispuesta á ceder.

Clavé empezó á pasearse por su cuarto meditando los medios de reducir á Arsenia á la obediencia, y, en todo caso, de impedir las escandalosas citas que acababa de sorprender. Imaginó sucesivamente tapiar las ventanas, tener encerrada bajo llave á su hija, poner trampas en el huerto y buscar quimera á Vicente y dejarle

tan mal parado que no se atreviera á volver á salir de su casa. Todo ello era muy exagerado y poco práctico. Entonces pensó si la ley no le ofrecería algún auxilio.

Sobre la chimenea tenía un grueso volumen titulado *Los cinco Códigos del reino, precedidos de la ley fundamental*, que consultaba en los casos difíciles, y también como aficionado, porque tenía instintos curialescos. Cogióle y comenzó á hojearle. A fuerza de rebuscar, dió con cierto artículo 377, del cual le pareció resultaba que, por acuerdo del presidente del tribunal, oído el parecer del promotor, podía hacer que encerrasen á su hija durante seis meses.

—¡Esto es lo que necesito! pensó.

Y después de señalar la página, fuese á acostar.

Al día siguiente se vistió de prisa, y armado de su Código, se dirigió al cuarto de su hija.

Abrió la puerta, no sin cierta emoción, pero se detuvo estupefacto: la cama estaba intacta y en el cuarto no había nadie.

VI

Hé aquí lo que había ocurrido.

Luego que salió su padre, Arsenia, fatigada por la lucha que con él acababa de sostener, dejóse caer sobre una silla, pensando con espanto en las fatales consecuencias de aquella aventura. Tenía por evidente que su padre no se doblegaría; que, por el contrario, se redoblaría su aversión hacia Vicente y que hallaría el medio de impedir sus citas: veíase ya siendo víctima de un espionaje incesante, de censuras y hasta de malos tratos; porque Clavé, en sus raptos de cólera, no se contenía.

Absorta estaba en tan tristes reflexiones, cuando su nombre, pronunciado en voz baja, hizo que se estremeciera. Alzó los ojos, y á pesar de

la obscuridad distinguió el rostro de Vicente por encima del saliente de la ventana: Arsenia corrió hacia él.

—¡Cómo! ¿Eres tú? le dijo. ¿No temes que te sorprenda mi padre?

—No... habla más bajo... Acaba de apagar la luz y meterse en la cama.

—¿Estás seguro?

—Sí, he colocado en su ventana esta escalera que encontré en el cobertizo.

—¡Ten cuidado! Quizá sea astucia suya.

—No; después de lo ocurrido, no puede suponer que haya tenido yo la audacia de volver.

—¡Verdad es! ¿Y cómo te has atrevido?

—No había salido del huerto. Estaba ahí dispuesto á acudir si te maltrataba.

—¡Gracias! le dijo ella estrechándole la mano. Por desgracia, esto no ha acabado: mañana empezará de nuevo y siempre. No podremos volver á vernos.

—Arsenia, ¿estás decidida á todo para librarte de esa persecución?

—Sí.

—Pues bien; abandonemos el país esta misma noche, y huyamos juntos.

—Ya había yo pensado en ello; pero ¿has meditado las consecuencias?

—Sí. Se comentará; tú quedarás comprometida, perdida tu reputación, convenido. Pero ¿qué te importa todo eso si tienes confianza en mí y me amas?

—No se trata de mí. Lo peor que puede ocurrirme es que mi padre haga que me busquen, que me cojan y que me traigan por fuerza á su casa... No estaré en ella mucho tiempo: donde quiera que estés sabré encontrarte. Pero ¿tú sabes á lo que te expones?

—¿A qué?

—Yo estoy bajo la autoridad paterna, que entablará querrela contra tí por raptó de una menor... Según parece, esas cosas se castigan. Y no hay que esperar su perdón: no se apiadará.

Vicente guardó silencio durante un momento, y luego respondió:

—¡Ajajá! ¿Acaso no estás tú en libertad? Pues qué, ¿te hago yo fuerza?... A mí se me antoja marcharme de Morelles para ir á establecerme á otra parte. Creo que estoy en mi perfecto derecho. Y á tí te da el capricho de seguirme, de ir adonde yo vaya. ¿Qué quieren que yo le haga? ¿Puedo yo acaso impedirte?

—Verdad es, dijo ingenuamente Arsenia.

—Ahí tienes á Marcelo Beau y á Fanny Crode, su prometida, que van juntos á París á tra-

bajar en los jardines. Ella es menor de edad, como tú, y no se casarán hasta el invierno que viene. Sin embargo, nadie les dice nada, y todo el mundo encuentra esto muy natural. Precisamente deben salir esta noche con los Roublán, Gagni y su mujer, los dos Pernet y otros varios. El padre Vallot los llevará en su carro hasta la estación del ferrocarril.

Si á nosotros nos pareciese bien unirnos á ellos y á ellos ir en nuestra compañía, ¿qué mal habría? ¿Quién podrá sostener que soy yo el que te robo, y no Roublán ó Pernet, ó el mismo padre Vallot?

Arsenia quedó convencida con estos razonamientos.

—En efecto, dijo, ¿y por qué no hemos de ir con ellos?

—Iba á proponértelo. Salen á las dos.

—¡Pues á escape!... No hay tiempo más que para coger algunas ropas y hacer un lío.

Diez minutos después se hallaban en la calle apresurando el paso, conmovidos y un tanto inquietos, pero orgullosos de aquella calaverada que los unía para siempre.

Vicente dejó un momento á Arsenia para entrar en su casa y coger algunos objetos y el dinero que tenía, unos cien francos poco más ó

menos. No quiso separarse de sus padres sin informarles, no de viva voz, lo que hubiera ocasionado observaciones y discusiones, sino por medio de unas cuantas líneas que escribió apresuradamente y que, al entrar en el cuarto de su madre, trató de deslizar bajo la almohada sin que ella lo notase. A pesar de todas las precauciones, la buena mujer se despertó.

—¿Eres tú, Vicente? Muy tarde vuelves, dijo.

—Sí, madre; pero voy á acostarme: duérmete. Y la besó tiernamente en la frente, mientras estrechaba la mano de su padre, dormido.

Cuando se hubo reunido á Arsenia, apresuróse á conducirla á casa del padre Vallot, donde debía estar todo preparado para la marcha. En efecto, en el patio estaba enganchado el carro, y ya estaban allí casi todos los viajeros.

Todos se admiraron al verlos, y luego los aclamaron gozosos cuando Vicente anunció que ellos también iban á París á trabajar en los jardines. Todo el mundo conocía los amores de los dos jóvenes, y por consiguiente, la causa real de su viaje.

—¡Bravo, Arsenia, bravo, Vicente! exclamó uno de los Pernet. ¡Se va á divertir el viejo Clavé!

Clavé no tenía simpatías en el pueblo; así fué

que hasta la estación del ferrocarril hubo un concierto de risas y bromas sobre la cara que pondría al ver que le habían robado su hija.

Lo que experimentó por la mañana al ver el cuarto desierto, fué una violenta cólera. Desatóse en imprecaciones contra Arsenia, porque no podía caberle duda de que se había escapado; la escalera apoyada en la ventana y la puerta del huerto abierta, estaban allí para atestiguarlo.

Cuando la cólera le permitió reflexionar, se dijo: «Se habrá refugiado en casa de los Minaut. Todos están de acuerdo. Quieren comprometerla para que no pueda negársela. ¡Que aguarden! Lo esencial es sacarla de allí sin escándalo, y antes de que la noticia corra. ¿Cómo lograrlo?»

Pronto formó su plan: presentarse en casa de Minaut, fingir que no tomaba el asunto en serio, tranquilizar á Arsenia, llevársela, y cuando la tuviera en su poder, castigarla sin piedad.

Encontró á Minaut levantado ya y ocupado en su ordinaria tarea.

—¿Qué tal va eso?—le dijo;—¿encuentras tesoros?

Minaut frunció el entrecejo. No quería á Clavé, que le trataba de visionario, y además desdénaba á su hijo. En vez de contestar á la pregunta:

—¿Qué es lo que te trae?—le preguntó á su vez.

—¡Demonio! Ya puedes figurártelo, tu hijo Vicente. ¡Buenos jaleos arma! Yo sigo una broma como cualquiera; pero está me parece algo pesada.

—¿Qué broma? ¿Qué es lo que tienes que decirme de Vicente?

—¡Ea, no te hagas el tonto! Arsenia está aquí en tu casa.

—¿Arsenia, tu hija?

—Sí; la reprendí algo agriamente ayer y ha querido refugiarse aquí de acuerdo con Vicente. Todo eso está muy bien; pero no me parece conveniente que se prolongue.

—No entiendo lo que me quieres decir.

—¡Ah! ¿no lo entiendes?... ¿Dónde está ahora tu hijo?

—En la cama, supongo, porque volvió anoche muy tarde.

—¿Me permites que vaya á decirle dos palabras?

—¡Y cuatro, si quieres!... ¡Vaya una historia!

Y recogió tranquilamente su azadón.

Clavé entró en la casa. Dirigió las mismas preguntas á la esposa de Minaut, y ésta, que no

había visto todavía la carta de su hijo, contestó poco más ó menos lo mismo que su marido.

Fuéronse al cuarto de Vicente y la señora Minaut quedó tan sorprendida como Clavé por no encontrarle allí. Pero éste, convencido de que todos estaban de acuerdo para burlarse de él, no pudo contenerse.

—¡Está bueno! exclamó; creen que van á lograr la hija riéndose del padre... ¡Estáis frescos, amiguitos! Yo os haré reir de otra manera. Yo os enseñaré lo que cuesta el arrebatar á una joven del domicilio paterno.

Minaut, al oír sus gritos, se aproximó y le dijo friamente:

—Clavé, estás armando aquí escándalo, y te recomiendo que nos dejes en paz.

—Bueno; á la justicia será á quien tendréis que responder; voy á entablar querrela.

—Pues entáblala, y cuanto antes... ¡Ya tardas mucho!

Minaut estaba pálido de cólera. Clavé, que no quería riña con él, se batió en retirada y salió de la casa gruñendo amenazas.

En la calle encontró al padre Vallot, que volvía con su carro de la estación del ferrocarril, y le dijo en tono burlón:

—¿Cómo es eso, Clavé? ¿No tienes en tu casa

trabajo que dar á tu hija, que la envías á trabajar á los jardines, á París?

Clavé se estremeció; ¡aquello era una revelación!... Pero el tono de Vallot le ofendió.

—¿Y qué? Si la hubiese mandado, ¿qué mal habría en ello? Y á tí ¿qué te importa?

—¡Oh, nada absolutamente! Solo que admiro la precaución que has tenido de enviarla acompañada de Vicente. Así, al menos, tienes la seguridad de que si se pone enferma tendrá quien la cuide.

Clavé, no pudiendo soportar con sangre fría tales sarcasmos, se alejó apretando los puños. De otra parte, ya no necesitaba saber más: se trataba de un rapto, y los dos fugitivos iban á París.

Llegó á su casa murmurando:

—¡Bueno! Corred, amiguitos, y burlaos de mí. Yo sabré alcanzaros, y al freir será el reir.

A la puerta de su casa vió á su mujer. Después de haberse enterado de la ausencia de Arsenia y la salida matinal de su marido, esperaba en la mayor inquietud.

Acaso hubiera pasado junto á ella sin dirigirle la palabra; pero cometió ella la imprudencia de dirigirle una tímida pregunta; y como sobre alguien había de descargar su cólera, hizola recaer sobre su esposa.

—¡Lo que ha hecho tu hija!—exclamó.—¡Debes hablar y estar orgallosa de ella! No bastaba con recibir á su amante, y esta noche se ha fugado con él; están en camino de París. ¡Corre tras ella! Conque ya sabes lo que ha hecho tu hija.

Signió hablando y repitiendo á cada instante las palabras tu hija, pronunciadas con desdén. Esto constituía en él una manía: si alguna vez alababa las cualidades de Arsenia, decía á boca llena: «mi hija»; pero en caso contrario, no era hija más que de la señora Clavé.

Censuró duramente á la pobre mujer por haber transmitido malos instintos á su hija, por haberla echado á perder con su mimo y por haber protegido sus amores con Minaut: probablemente tendría ella conocimiento de las citas y las favorecería... ¡qué indignidad! ¡Acaso fuera cómplice del rapto! Guardóse bien la pobre mujer de protestar contra tales acusaciones, temiendo irritarle más, y se contentó con llorar y gemir.

—¡Sí, llora ahora! Eso todo lo remedia... Yo voy á procurar que al menos no se hayan burlado de mí impunemente.

Encerróse un rato en su cuarto, consultó su Código y descubrió entonces que los raptos de menores estaban rigurosamente penados. «Confío, decía para sí, en que Vicente sufrirá el máximo de la pena. ¡Vaya! A la alcaldía á prestar declaracion.»

El alcalde, un honrado labrador llamado Saccaud, era uno de sus vecinos más cercanos. Encontróle en el patio de su casa ocupado en en-

ganchar las mulas á un arado y dispuesto á salir al campo.

—Siento molestarte, le dijo; pero necesito distraerte de tus tareas un momento.

—Sí, dijo Saccaud sonriendo, ya me figuro de qué se trata.

—¡Ah, ya sabes!... ¿Es delicioso, verdad?

—¡Bah! Por ahí había de acabar. Vendrás á arreglar lo de las proclamas... puesto que tu hija ya no puede casarse más que con Vicente.

—¿Te burlas de mí? Bien sabes que nunca quise oír hablar de tal matrimonio.

—Sí, pero después de lo que acaba de pasar...

—Razón demás para oponerme. ¡Pues no faltaba más! ¿Te parece que se obtiene de mí lo que se desea por semejantes procedimientos?... ¡Vaya, entremos en tu casa!

—¿Para qué?

—Para presentar una denuncia.

—¿Eso quieres?

—Sin duda. No le saldrá á Vicente el asunto tan bien como se imagina. ¡Ea! ¿vienes?

—¡Vamos, Clavé, reflexiona un poco!

—No hay para qué reflexionar. ¿Quieres admitir mi denuncia ó no? Si no te sientes con ánimos para redactarla, iremos á buscar al maestro.

—Dejemos al maestro en paz, dijo Saccaud

un tanto picado. Yo mismo escribiré perfectamente tu denuncia si juzgo que hay méritos para admitirla.

—¿Cómo admitirla? Ese es tu deber.

—Es posible; pero también lo es el hacerte algunas observaciones. ¡Vamos, Clavé, hablemos sin regañar! Te opones obstinadamente á ese matrimonio, ¿tienes alguna razón? Los dos jóvenes están encariñados, y buena prueba de ello han dado hoy... En suma, ¿qué tienes que decir de Vicente? Buen carácter, formal, trabajador... Te desaffo á que encuentres en el país otro de mejores condiciones. Ya sé, ya sé que Minaut no ha hecho gran negocio en su comercio y hasta que tiene algunas deudas; pero...

—¿Debo entregar mi hija á Vicente, verdad?

—¡Caramba, esa es mi opinión!

—Pues bien, guárdatela. Hasta la vista.

—¿Adonde vas?

—A otra parte: á buscar á alguien que me atienda y que no se burle del dolor de un padre ofendido.

Y salió majestuosamente del patio, volvió á su casa, enganchó el caballo al tilbury y se dirigió á la ciudad, decidido á presentar querrela ante el juzgado.

Pero, al llegar, juzgó conveniente visitar primero á M. Pié-Rondal y pedirle consejo.

M. Pié-Rondal, al verle, se acordó del problema que no había podido resolver en Morelles, y se informó de si Minaut había descubierto algo en sus excavaciones.

—¡Ah, sí, el famoso tesoro!—contestó Clavé con sarcástica y desdeñosa sonrisa,—¡buena broma está!

—No; os aseguro que me parece cosa formal.

—¿Sí? Pues nadie lo creería, á juzgar por los resultados. Mejor hubiera hecho Minaut en cultivar sus viñas que su corral. Pero no es de eso de lo que se trata.

—¡Ah!... ¿Pues de qué?

Clavé relató su desventura y terminó consultando sobre lo que debería hacer.

—Muy sencillo, buen amigo, contestó M. Pié-Rondal. Cuando dos muchachos se quieren y han cometido una calaverada de ese género, no queda más que avisar al juez municipal y al cura y regularizar su situación con un matrimonio en legal forma.

Escandalizóse Clavé al oír tal respuesta.

—¡Cómo, vos también! ¡Valiente consejo me dáis!

—El mismo que os dará cualquier hombre sensato é imparcial.

—¡En seguida!—exclamó Clavé.—¡Iba yo á aceptar por yerno á un pícaro que desafia mi cólera y se burla de mí, al hijo de un loco arruinado, que se pasa el tiempo buscando tesoros en vez de trabajar útilmente!... Me señalarían con el dedo en el país, y tendrían razón.

—No: dirán que sois un buen padre, que ha olvidado sus resentimientos para no pensar más que en la dicha de su hija... No creo que eso os convenza; en fin, podéis hacer lo que os acomode. ¿Y qué es lo que pensáis, entonces?

Clavé explicó sus intentos: presentar querrela y hacer que Vicente fuera detenido y condenado. En cuanto á su hija, traerla por la fuerza y obtener contra ella la reclusión por algunos meses, como corrección paterna.

—Ya veo el proyecto, amigo Clavé,—replicó M. Pié-Rondal;—pero dudo que podáis llevarle á cabo.

—¡Cómo! La ley está en mi favor, la conozco.

—Vicente Minaut encontrará personas que la conocen mejor que vos y que sabrán defenderle... En cuanto á vuestra hija, á quien queréis traer á casa entre dos guardias, ¿por qué no vais á buscarla vos allí donde sabéis que se en-

cuentra? ¿Ha de cuidar más la policía que vos mismo de vuestros más caros intereses? ¿Cómo no habéis salido ya para París?

—¡Oh, de ningún modo!—dijo Clavé.—Arsenia no ha necesitado de mi compañía para irse, y puede pasarse sin ella para volver. No he de ser yo quien dé el primer paso. No, no. ¡Jamás descenderé yo hasta ese punto!... ¡Es fuerte cosa! ¡Todo el mundo se pone contra mí; yo soy el que obra mal según parece!... Pues bien, que quede impune el delito de Vicente, consiento en ello; pero que mi hija no vuelva jamás á mi casa puesto que ha huído de ella... ¡que no vuelva á pedirme un pedazo de pan, porque no lo tendrá! ¡Ya la conozco, y reniego de ella!

M. Pié-Rondal se esforzó en vano para calmarle. Nada quiso oír, y salió del despacho del abogado repitiendo con acento trágico:

—¡Para lo sucesivo estoy solo! ¡Ya no tengo hija!